

Los Tres Elementos, cuando Dios Redime

SANTUARIO - SACERDOCIO - SACRIFICIO

Jaime vanH.

En otra ocasión, hace ya un poco de tiempo, vimos a Isaac con la **tienda** (siempre removida), el **altar** (siempre reconstruido) y el **pozo** (siempre reabierto) (Gén. 26). Pero en esta ocasión no estamos por tratar de un individuo, sino de todo un pueblo: los nietos de Isaac y sus hijos, es decir, los "hijos de Israel", un pueblo redimido maravillosamente de su contorno de terrible esclavitud. Queremos ver el propósito de esta redención.

Redimidos ¿Para Qué?

Es en Éxodo 29 (43-46) donde Dios le habla a Moisés al respecto. Y vemos los tres elementos, esenciales para realizar ese propósito:

SANTUARIO, SACERDOCIO y SACRIFICIO.

*"Allí me reuniré con los hijos de Israel; y el lugar será santificado con mi gloria. Y santificaré el tabernáculo de reunión y el altar; santificaré asimismo a Aarón y a sus hijos, para que sean mis sacerdotes. Y **habitaré entre los hijos de Israel**, y seré su Dios. Y conocerán que yo soy el SEÑOR su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, **para habitar en medio de ellos**. Yo el SEÑOR su Dios."*

¿Por qué, entonces, los había redimido de Egipto? Quería "**habitar en medio de ellos**". Sólo en este pasaje habla dos veces de su habitar entre los hijos de Israel. Pero también en 25:8-9 había dicho:

*"Y harán un santuario para mí, y **habitaré en medio de ellos**. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis."*

Dios en Busca de 'Casa Propia'

Estas son las primeras veces que, en la Biblia, Dios habla de "habitar" en la tierra. Antes "andaba (o caminaba)" con los suyos, de forma individual. Con Adán y Eva paseaba en el paraíso. Con Enoc y Noé caminaba en medio de una creación ya hundida en un abismo de corrupción, violencia e inmoralidad. Con Abraham, Isaac y Jacob también andaba. Dijo: "**Yo soy el Dios Todopoderoso; ¡anda delante de mí y sé perfecto!**" (Gn. 17:1). Incluso con José durante sus trece años de esclavitud y cárcel, la presencia de Dios no le abandonaba. Así, a través de la historia, en los períodos más oscuros, Dios tenía todavía con quien andar en la tierra (Mic. 6:8; Mal. 2:6). Dios sabe quienes han sido y quienes son. Nosotros, en la mayoría de los casos, no lo sabemos.

El primer hijo de Israel que entró en Egipto fue José, y entró esclavo. Después de unos siglos, hay más de un millón de hijos de Israel, y todos son esclavos. Pero Dios sabía lo que iba a hacer: saldrían de Egipto libres. No obstante, también durante aquellos siglos de malos tratos y opresión, Dios todavía encontraba con quien andar; a la

manera de su andar con Abraham, su "amigo". Por ejemplo, en Éxodo 1 encontró a Sifra y Fua, y en Éxodo 2 a la familia de Moisés.

Libertados y...

La redención de toda una nación esclava tiene lugar en los capítulos 12-14 de Éxodo. Se efectuó a través de la sangre de un cordero - aplicada a las puertas de sus viviendas - por una parte; y a través del prodigioso paso por medio del mar, por otra. De nuevo: ¿con qué propósito los redimió? Los capítulos 25 y 29, citados arriba, nos descubren ese *propósito*. Dios, obviamente, seguía caminando con sus "amigos", pero, más que andar con individuos, descubrimos que quiere **habitar en medio** de todos ellos...

La nueva nación libre no sería completa sin 'residencia propia' para su Soberano, un **santuario** terrenal, donde el Redentor pueda 'estar a gusto', desplegando su gloria y donde esté "al alcance" de todos.

Pero sin **sacrificio** sangriento, nadie podía (ni puede) acercarse a Dios (Hb. 9:22). El sacrificio hacía posible la "expiación" de lo que eternamente nos alejaba de Dios: los pecados. Por la sangre derramada, los alejados son acercados.

¿Y la debida intervención para efectuar los sacrificios? Para esto era imprescindible un **sacerdocio**. Los sacerdotes intermediaban en la adoración, la que los adoradores ofrecían al único Adorable. Además, "los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es del SEÑOR de los ejércitos" (Mal. 2:7).

Redención Espectacular

Dios había esperado el momento justo para "redimir" a los hijos de Israel. Al cabo de cuatro siglos desde Abraham, llega por fin este momento. Los había venido "llamando" desde los días de Abraham, Isaac y Jacob/Israel, pero, en sus propósitos, lo que **tenía que constar**, ante los ojos de todo el mundo y para todo el tiempo, era que este pueblo era SU pueblo, los "hijos de Israel". Tenía que ser evidente que este pueblo, tan especial, reflejara los valores del único y verdadero Dios delante de los pueblos paganos e idólatras del mundo. Para esto **tenía que "redimir"** en circunstancias totalmente inverosímiles (Ro. 9:17). Así lo hizo. Para todas las naciones de alrededor, y para todos los siglos, hizo constar con toda claridad dos cosas: ¡El SEÑOR es auténticamente el único DIOS, el Todopoderoso; e Israel es evidentemente el pueblo de su complacencia!

El libro de Éxodo nos transporta de la esclavitud a la redención, y de la redención a la "habitación": la habitación del Redentor entre sus redimidos.

Realidad Enemiga

Todas las naciones de alrededor - no solamente Egipto -, todos tenían sus santuarios, sacerdotes y sacrificios. Hasta en Apocalipsis 2 se viene todavía asomando esta realidad. ¿Qué pretendían con esto? La idea tradicional era la de hacer real y palpable la presencia de la deidad (pagana) que moraba entre ellos. Los sacrificios ofrecidos a tal deidad incluían seres humanos, a menudo sacrificaban a niños pequeños. El apóstol Pablo explica que todo aquello era demoníaco (1ª Co. 10:20; Ap. 9:20). Jesús, a través de Juan, escribe a los creyentes en Esmirna, Pérgamo y Tiatira acerca de la "sinagoga de Satanás", acerca de su "trono", su "morada" y sus "profundidades".

El Dios-Redentor de Israel, naturalmente, había de manifestar cuán totalmente distinto era Él. Y cuán distinto su pueblo redimido, y el

culto que le rendía. Tal vez sorprenda que para ello Dios use los mismos elementos que usan los paganos: santuario, sacerdocio y sacrificio. Pero debemos tener presente, que, si la idolatría demoníaca usa aquellos elementos, es porque Satanás está enterado de lo que hay en el cielo, es decir, de los conceptos y propósitos celestiales y eternos. Se afana para que sus acólitos los copien en la tierra, **y que los adapten**, todo para la adoración de **él**. Entonces aquellas representaciones, las que no son de Dios, no son otra cosa que tergiversaciones groseras y grotescas de lo celestial, por mucho que intenten mostrar un auténtico origen divino. A Satanás poco le importan los moldes en que se viertan los cultos, con tal que los manipulen él y sus demonios y que sean para *su* glorificación. Un notable ‘botón de muestra’ lo tenemos en ese momento en que Aarón y los demás líderes de Israel (pero en la ausencia de Moisés) bajan la guardia en el desierto. Inmediatamente Satanás manipula las cosas para que todo el pueblo vuelva a la falsa adoración de Egipto, con ‘becerro de oro’ y todo.

Relaciones Tirantes

Dios a Moisés le advierte repetidamente en Éxodo que **todo** lo que hagan los israelitas en cuanto a sus instrucciones para santuario, sacerdocio y sacrificio, tiene que ser un fiel reflejo de lo que Dios le había mostrado en el monte Sinaí, es decir, un reflejo de la realidad celestial. Tal como Moisés había visto lo celestial, debía plasmarlo en la tierra. Es importante que capturemos esto, si no, no nos harán nunca nada todas esas descripciones del tabernáculo y sus funciones, encontradas en los libros de Moisés.

Los tres elementos son instituidos. Empiezan a funcionar, pero desde el principio hay altibajos. Dios habita en medio de su pueblo, pero... su pueblo no responde a su amor; no como debería. La relación que tienen con el Dios-en-medio-de-su-pueblo es tirante. Esto es debido a que Dios no sólo es Redentor, también es Soberano, y necesita ser obedecido. Es lo que los israelitas no entendieron, ni querían entender... ¿Primer resultado? **TODOS** los que al salir de Egipto tenían veinte años cumplidos, *menos dos* que eran Josué y Caleb, quedaron en el desierto durante aquellos 40 años de vueltas. Por incredulidad y desobediencia, *nunca* llegaron a entrar en su tierra prometida.

Lealtad Absoluta

Aunque el Tabernáculo está con ellos por siglos, y después el Templo por más siglos, el Divino Habitante no tiene mucha oportunidad de manifestarse a su pueblo redimido. No obstante, su amor, su poder, su propósito y sus promesas para con Israel no cesan y no cambian. Él sabe lo que hace y lo que permite - nunca pierde los estribos...

Nosotros nos preguntaríamos cómo Israel va a poder descubrir y alcanzar las cumbres de una íntima comunión con su Dios... ¿Cómo este pueblo va a llegar a serle realmente útil en sus manos? Pero los planes de Dios no pueden fallar... A lo largo de la historia Él ha venido llevando a su pueblo a través de horribles conflictos y aflicciones, pero nunca hubo, ni nunca habrá, “sombra de variación” en cuanto a sus maravillosos propósitos.

Promesas Irrevocables

Al principio del Antiguo Testamento, declaró a Abraham: “*Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren*”

maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”
(Gn. 12).

Al final del AT, dijo a Zacarías: *“Yo fortaleceré la casa de Judá, y guardaré la casa de José, y los haré volver; porque de ellos tendré piedad, y serán como si no los hubiera desechado; porque yo soy el SEÑOR su Dios, y los oiré”* (Zac. 10:6).

Y a Malaquías: *“A vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho el SEÑOR de los ejércitos”* (Mal. 4).

En el Nuevo Testamento, Pablo, escribiendo sobre Israel, confirma: *“Luego todo Israel será salvo, como está escrito: ‘Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados’... Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”* (Ro. 11:26-27, 29).

Jesús reasegura a los discípulos, y les dice que *“de cierto os digo, que no pasará esta generación* (la nación ‘generada’ por Jacob, los hijos de Israel) *hasta que todo esto acontezca”*, es decir, hasta su regreso a la tierra (Mt. 24:34).

Pérdidas Inevitables

Cuando, en su infidelidad, Israel se encontró en el oscuro abismo del exilio asiro/babilónico, se las tuvo que arreglar sin santuario, sin sacerdocio y sin sacrificios. En su tercera invasión, al tomar Jerusalén, el ejército de Nabuconosor destruyó el Templo (587/586 a.C.), aquel que Salomón había levantado. Del sacerdocio quedó sólo la línea de descendencia, pero sin funcionar. De hecho, tanto Jeremías antes del exilio, como Ezequiel durante el exilio, eran sacerdotes legítimos, pero funcionaban como profetas, no como sacerdotes. Lo mismo ocurrió por un tiempo, después del exilio, con Esdras, sacerdote también.

Lo que surgió en ese gran vacío era la “sinagoga”. Dios permitió que - hasta el día de hoy, y en todo el mundo -, los israelitas se reúnan en ‘sinagogas’ para leer sus Escrituras, para adorar, y para exhortación.

En los cinco libros de “restauración” (Esdras, Nehemías, Hageo, Zacarías y Malaquías) leemos sobre un nuevo Templo en Jerusalén, y nuevos sacrificios, también sobre un sacerdocio que empezó a funcionar de nuevo. Pero algo, en cuanto a esa “habitación” de Dios, ya no era lo mismo. De nuevo representaba al Dios de Israel, pero..., después del exilio, faltaba para siempre el “Arca del Pacto”.

El Lugar Santísimo del Templo - reconstruido y todo - quedó vacío, señal de que, en realidad, Dios ya no habitaba entre los suyos.

Por cierto, Él encaminó la restauración de Israel, y los “tres elementos” volvieron a funcionar, pero no era como antes. Al parecer, el propósito de Dios, el de habitar entre su pueblo, se había malogrado. ¿Para siempre...?

El Largo Túnel

¿Qué de los hijos de David – los reyes de Israel? Zorobabel, el legítimo heredero del trono, estaba entre los que volvieron del exilio babilónico, incluso tuvo un liderazgo muy importante entre ellos, pero nunca ocupó ningún trono, ni él, ni sus descendientes (Mt. 1:12-13).

Por otra parte – más tarde - en el período de los ‘macabeos’, una dinastía de sacerdotes comenzó a funcionar como reyes. Al final, esta dinastía no supo resistir ni a la corrupción, ni a los romanos, ni a Herodes ‘el Grande’. Y era este – un edomita – quien, bajo la tutela de

Roma, usurpó el trono en Jerusalén.

Cuando nació el verdadero “Rey de los Judíos”, a Él sólo se le asignó un establo con pesebre; luego el oficio de carpintero, y para morir, una cruz... Pero en esta cruz se colgó el letrero de “Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos”...

Había otra cosa que faltaba de forma notable durante los cuatro siglos “intertestamentarios” - entre Malaquías y Juan el Bautista -: el cielo quedó en silencio... Es decir, por cuatro siglos, Dios no levantó a ningún profeta. Que se sepa, estuvo sólo Ana – al final de ese largo período -, la profetisa de Lucas 2.

Luz al Final

Aun así, Dios no se dejó sin testimonio: *había* claras señales de su obra. Quedó completado el Antiguo Testamento, traducándose además al griego para aquellos judíos y prosélitos, que no dominaban el hebreo. Esta traducción al griego se suele llamar “Septuaginta”, ya que fue hecha por setenta eruditos. Es la que fue citada tantas veces por Jesús en los evangelios; por ejemplo, cuando preguntaba, “¿No habéis leído...?”

Pedro, Juan, Esteban, Felipe, Jacobo y Pablo citaban de la Septuaginta en Hechos y en sus cartas. En Hechos 4, una congregación de Jerusalén, clamando a Dios, cita una parte del segundo salmo, tal como viene en la Septuaginta.

Además, en aquellos ‘cuatro siglos’, seguía habiendo israelitas fieles y devotos, un ‘remanente’, con quienes Dios podía caminar. Al final de ese período, cuando empieza el Nuevo Testamento, encontramos entre ellos a un matrimonio viejo: Zacarías, el sacerdote, con su esposa Elisabet. Lucas cuenta como ellos llegaron a ser los padres del gran precursor del Mesías: Juan el Bautista. En la noche del nacimiento de Jesús, estaban los pastores: y se apresuraron para llegar al establo. Otros eran los ancianos Simeón y Ana, pero también estaba una chica joven, la madre del niño que dormía en el pesebre. Su nombre era María y su prometido era José. Natanael es otro ejemplo de israelitas de ese tiempo en quienes “no había engaño” (Jn. 1:47).

Rey sin Trono y sin Casa

Estos “verdaderos israelitas”, esparcidos por toda la nación, eran los que estaban con la esperanza viva de que Dios volviera a habitar entre su pueblo. Esta ‘esperanza’, sin embargo, era fácil que estuviera mal formada y mal informada. Estando bajo el yugo de los romanos, muchos tenían esperanzas de una intervención divina que fuera político-militar, aunque la profecía dijera; “He aquí, tu Rey viene a ti, manso...” (Mt. 21:5).

Entre ellos surgieron nociones de que Jesús fuera el ‘Rey de Israel’, pero no como lo había entendido Natanael. Cuando Jesús había alimentado a una inmensa multitud, reaccionaron con entusiasmo: ¿No estaban esperando al nuevo “Profeta-Rey”, al nuevo David? E intentaron hacerle Rey (Jn. 6:14-15)...

Mirando hacia atrás, Juan escribió que “A lo suyo vino, y los suyos **no le recibieron**” (Jn. 1:11). Más bien se escandalizaron de Él (Mr. 6:3).

Muchas veces andaba y enseñaba Jesús en el templo. Lo llamó “Casa de mi Padre”, o también “Mi Casa” (es decir, ese tercer templo que fue levantado por Herodes). Jesús tenía mucho roce con sus sacerdotes, pero, lejos de ofrecerle “su casa” como “habitación”, le increpaban que era impostor, le acusaban, y conspiraban para matarlo... El gran Redentor de Israel seguía amando tiernamente a los hijos de Jacob, pero también los denunciaba como “la generación mala y adúltera”.

Cuando decía esto no sólo hablaba de la generación presente, sino de *todo* ese pueblo ‘engendrado’ de Jacob. Para Él la “Casa de mi Padre”, la habían cambiado en “Casa de Mercado” y “Cueva de Ladrones”. Finalmente dijo: “**vuestra casa** os es dejada desierta”. No era habitable para su Dueño.

‘Tabernáculo’ Conduce a ‘Templo’

Solamente un puñado de israelitas le reconoció – aquellos ya mencionados y otros más. El apóstol Juan describe la experiencia de ellos, a partir de la ‘encarnación’, con estas palabras: “*Y aquel Verbo fue hecho carne, y **habitó** entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*” (Jn. 1:14).

Es muy interesante esa expresión de “...**hecho carne, ...habitó...**” Juan usa la palabra y el concepto de “*tabernáculo*”, pero en forma de verbo (ver también 2ª Cor. 5:1 y 4). Con esto expresó que Jesús (encarnado) ‘**tabernaculó**’ en este desierto del mundo por 33 años. Aquel otro tabernáculo, el de Moisés en el desierto, era una tienda de campaña móvil, hecha de pieles, no un edificio fijo, pero en él ¡se veía la gloria de Dios!

Al debatir con los sacerdotes en el templo de Jerusalén, Jesús les dice – con referencia a su **cuerpo** – que, aunque ellos lo destruyan (*el templo/tabernáculo de su cuerpo*), Él, en tres días, lo levantaría como ‘**nuevo Templo**’. La referencia era a su resurrección victoriosa en el tercer día, la que haría que el divino Habitante tendría donde ‘habitar’, definitiva y eternamente (Juan 2).

Los que hemos sido resucitados **con** Cristo (Col. 3:1) - aunque no todavía físicamente - somos conscientes ya del nuevo Templo en que ya glorificamos a nuestro Señor. Jesús hablaba de esa maravilla a la mujer samaritana (Jn. 4 – ver más abajo). Y a los discípulos decía que, aunque se reunieran sólo entre dos o tres, pero en SU Nombre, que allí Él estaría en medio de ellos. ¿Por qué? Porque allí estaría el nuevo Templo.

Israel, ¿Primero o Último?

Cuando Jesús empezó a enviar a los discípulos a predicar, les instruyó: “*Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel*” (Mt. 10:5-6). Sin embargo, más tarde, ante el rechazo de “la casa de Israel”, les dijo que ahora sí, que fueran hasta lo “último de la tierra” (Hch. 1:8).

Se cumplió su dicho de que “los primeros serían los últimos”. Los primeros, los del templo de Jerusalén, no tuvieron lugar para el divino “Habitante” - el Mesías-Redentor de Israel -, pero, sí, para animales en su santuario, y para cambistas que hacían buen negocio.

Aunque a sus discípulos Jesús les instruye en Mateo 10 sobre la exclusividad de la “casa de Israel”, Él mismo, desde el principio de su ministerio, entendía perfectamente los propósitos divinos. En esto también es el apóstol Juan quien se acordaría - después de unos 60 años - de la conversación de Jesús con una mujer que no era de la “casa de Israel”; ella era samaritana. Los samaritanos no acudían al templo de Jerusalén, más bien adoraban en el monte Gerizim.

Nuevo Templo se Abre

Ella le dijo: “Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar”. A lo que Jesús contestó: “Mujer, créeme, que la hora viene cuando **ni** en este monte **ni** en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los

judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los **verdaderos adoradores** adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Jn. 4:20-24).

Habrà una **nueva** “hora”, dice Jesús, con un ‘**nuevo** santuario espiritual’, con una ‘**nueva** adoración’, con **nuevos** ‘sacrificios’, y un **nuevo** ‘sacerdocio’. Y todo aquello no necesitaría más que tres días para surgir de lo que sería Calvario, Sepulcro y Resurrección. ¿Y cómo se llega a ser “verdadero adorador”? Ella no era de los hijos de Israel, su vida no era una vida santa, estaba fuera de todo control, y - para colmo - como samaritana, le estaba estrictamente prohibido asistir en el único templo correcto... ¿Cómo entonces? El secreto de esta nueva - pero verdadera - ‘adoradora’ era que había bebido del ‘agua nueva’, del ‘agua viva’, el ‘agua’ que le ofreció su Salvador. Ahí su sed ardiente, por fin, se apagó... Pero no sólo esto, también comenzaron a “correr ríos de agua viva” (Juan 7:37-39).

Pastor – Sacerdote – Rey

En Juan 10, Jesús vuelve a destacar lo que será su muerte y resurrección, y que ahí Dios haría uno solo de dos rebaños distintos (Israel, por un lado, y samaritanos y gentiles, por otro). Dice: “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá **un rebaño, y un pastor**” (Jn. 10:16).

Luego en 12:41, Juan nos recuerda que el Señor Jesús no era otro que Aquel a quien Isaías había visto en su capítulo 6: “En el año que murió el rey Uzías vi yo al **Señor** sentado sobre un **trono** alto y sublime, y sus faldas llenaban el **templo**. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, **SEÑOR** de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.

Aquel Rey Uzías es famoso por haber intentado unir trono y templo. El intento fracasó miserablemente (2º Crón. 26), y el rey terminó como leproso. Cuando más tarde muere Uzías, Dios - justo en esas fechas - le muestra a Isaías la grandiosa visión de ‘**trono y templo**’, ¡**unidos!**, pero unidos en **otro** rey: en el Rey Mesías, el Rey de Gloria (Is. 6)! “Según el orden de Melquisedec”, Jesús – sólo Jesús - es **Rey y Sacerdote** (S. 110:4; 24:7-10).

“Ya No Hay Judío ni Griego” (Gálatas 3:28).

A pesar de las instrucciones claras de Jesús acerca de la extensión del evangelio fuera de Israel (Mt. 28:19-20; Jn. 10:16-18; Hch. 1:8), sus discípulos tardarían todavía ocho (!) años para caer en la cuenta de que los gentiles también habían de ser participantes en ese nuevo “Templo”. El primero para captarlo era Pedro, cuando Dios le muestra tres veces la visión del lienzo lleno de animales inmundos, y le dice, - al protestar Pedro -: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común”. Acto seguido, Cornelio, el centurión romano, se convierte, juntamente con los suyos. Son ‘incircuncisos’, pero reciben al Espíritu Santo, igualmente como Israel en el día de Pentecostés. Después, la experiencia de Pedro hace que a los demás se les abren los ojos y entienden (Hch. 10 & 11). Más adelante, escribiendo su primera carta (2:5), ¡Pedro incluye a los gentiles convertidos en el santuario nuevo, en el sacerdocio nuevo y en el sacrificio nuevo!

Para los demás judíos, incluso para un buen número de judíos creyentes, lo ‘escandaloso’ de estos desarrollos estaba en que los gentiles fueran recibidos y bautizados *sin* previa circuncisión. Por esto Pedro, cuando Cornelio y todo aquel grupo de gentiles se han convertido, pregunta a sus seis compañeros judíos: “¿Puede acaso alguno impedir el agua para que no sean bautizados estos que han recibido al Espíritu Santo también como nosotros?” (Hch. 10:47). Es evidente que Dios está dirigiendo las cosas; los nuevos creyentes **no** necesitan ser circuncidados...

Sin Trono No Hay Templo que Valga

La nación elegida, la del Pacto con Abraham, Isaac y Jacob, ha crucificado a su Mesías. No hay lugar para Él, ni en el trono, ni en el templo, ni en el mesón siquiera, ni en la nación. Las treinta piezas de plata de los sacerdotes del santuario, con que habían sobornado a Judas, ruedan después por el mismo templo, tal como Zacarías ya lo había profetizado, hacía 5 siglos (Zac. 11:13).

Todo lo cual es lo que estremece a Esteban, uno de los diáconos de una congregación de Jerusalén, en su defensa ante el Alto Concejo de la nación. Esteban es testigo fiel de Cristo y lleno de fe, del Espíritu Santo, de gracia y de poder (Hch. 6:5, 8). Pero su explosiva denuncia de los hechos le cuesta la vida.

El Mesías a quien pertenece y a quien sirve está a la diestra del Trono celestial, pendiente y preparado para recibir con gran gozo a su testigo, ajusticiado en la tierra ... (Hch. 7:51-60).

Una ‘columna’ del Templo terrenal de Cristo es quitada, pero inmediatamente su lugar es tomado por otros fieles testigos de Cristo: “Vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo’”

(2ª Co. 6:16; Ef. 2:21; Ap. 3:12).

Destrucción - Restauración

Cuarenta años después de Calvario, los romanos destruyen Jerusalén y su templo. Ocurre la masacre que Jesús había lamentado más de una vez. Y empieza el nuevo exilio, esta vez no de setenta años, como el babilónico, sino de duración indefinida. Son borrados del mapa fariseos, escribas y saduceos, pero también los tres elementos asociados con la “habitación” del Redentor en medio de Israel: el santuario, los sacrificios y el sacerdocio. ¿Para siempre?

Dios **no** ha terminado con su pueblo de Israel. De hecho, todavía la Palabra profetiza un futuro glorioso. No podría ser de otra manera – Dios no puede faltar a sus promesas dadas solemnemente a Abraham, Isaac, Jacob, a los patriarcas y a los profetas.

Pablo dedica a esta realidad tres capítulos (Ro. 9-11). En el Antiguo Testamento son innumerables las profecías acerca de la restauración total de Israel, alrededor de su Mesías, según el orden de Melquisedec - su Rey-Sacerdote - el hijo de David, reinando en Jerusalén. Y su santuario, su sacerdocio y su sacrificio reflejarán esa realidad céntrica de toda la historia. ‘Calvario-Sepulcro-Resurrección’ traen su fruto en el Mesías de Israel. Todo llega a su gran cumplimiento, **pero...**

Un Paréntesis se Abre

Mucho antes de ese glorioso cumplimiento, Dios, en su sabiduría, **margina** a su pueblo Israel. La ‘nación’ que rechaza a su Rey y Mesías es rechazada. Sin embargo, “muchos de los que habían oído la palabra, creen; y el número de los varones llega a cinco mil” (Hch. 4:4). La resurrección de Cristo, el derramamiento del Espíritu Santo, la actuación y predicación de los Doce apóstoles, y la conversión radical

de Saulo de Tarso, todos siguen siendo poderosos medios para que ‘la Nación’ se arrepienta y se convierta. Pero la ‘Nación’ resiste; bajo sus “gobernantes, ancianos y escribas” (4:5), la Nación rechaza a su Rey-Mesías. Y, al decir “nación”, no hablamos sólo de Jerusalén con su tierra, sino de la ‘nación’ esparcida por el mundo entero, la ‘diáspora’. Llegan los momentos clave que ponen a Israel sobre aviso. Es un aviso de ‘marginación’, como cuando Pablo y Bernabé, en Galacia, advierten a los judíos que rechazan la Palabra de lo que les espera (Hch. 13:46-47).

El libro de Hechos termina con Pablo preso en Roma, y con los “principales” de las sinagogas romanas - muchos de ellos -, que se reúnen con él y le escuchan por muchas horas. Fielmente se les abre la Palabra, pero al quedar cerrados los corazones al Mesías, el apóstol, con las siguientes palabras, les anuncia el ‘paréntesis’ que, para Israel, se abre en su relación con Dios: “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: ‘Ve a este pueblo, y diles: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis... Sabed, pues, que *a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán*’” (Hch. 28:25-28).

La Angustia de Jacob

Hace dos mil años que el ‘paréntesis’ se abrió, Israel quedó marginado, y el mundo gentil ocupó el escenario. ¡Cuánto ya sufrieron los hijos de Israel en este largo período, sin santuario, sin sacerdocio y sin sacrificio (Os. 3:3-5)! Todo por rechazar a su Mesías. Ya queda menos para que lleguen al punto más negro y hondo de su tortuosa historia. Este punto está marcado con la exclamación amarga de Jeremías: “*¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado*” (Jer. 30:7).

El profeta Zacarías y otros pintan ese cuadro en colores verdaderamente espantosos. Dadas las condiciones actuales del mundo, sobre todo en Oriente Medio, no podemos menos que entender, que ese ‘principio del fin’ ha comenzado ya. Pero los profetas que lo presentan, también anuncian la luz brillante al final del largo y oscuro túnel. Es cuando el “**remanente**” de los hijos de Israel, tiene su encuentro con su Mesías; y cuando, por fin, se rinden a Él con profundo arrepentimiento. ¡Israel nace de nuevo y hay conversión nacional (Ez. 37:21-28)! El viejo pueblo de Dios, **por fin**, empieza a cumplir su vieja misión mundial, la de ser **bendición para todas las familias de la tierra**.

En eso, el paréntesis queda cerrado para siempre.

Entre los Dos Paréntesis

Todo esto, fascinante y aleccionador, nos puede dejar con la pregunta: ¿y qué de nosotros, los cristianos actuales? ¿Cuál es nuestro lugar, o nuestro papel, en este ‘drama’ de los siglos? ¿Qué de la “Ekklesia de Dios”, la que es mayormente de gentiles?

Arriba ya hicimos alusión al nuevo “santuario-sacerdocio-sacrificio” **espiritual**, que surgió de ‘Calvario-Sepulcro-Resurrección’. Esta nueva realidad tomó efecto en el día de Pentecostés. Nació la “Ekklesia”. Al principio estaba compuesta – exclusivamente – de judíos y prosélitos, de los cuales **todos** (los varones) eran circuncidados como ‘hijos de Abraham’. Recién en Hechos 10 y 11, Dios efectúa un cambio, confirmado en el 15. ¡Les abre la puerta de la fe a los gentiles! Ahora, cuando se convierte un gentil al Mesías, Cristo le ‘bautiza en el Espíritu Santo’; sólo después es bautizado en agua. En lugar de ‘prosélito’ de la Nación de Israel, y circuncidado, es hecho

“miembro del Cuerpo de Cristo”.

Ya en Hechos 11 vemos como grandes números de gentiles empiezan a convertirse y a ingresar. Forman, juntamente con sus hermanos judíos, un solo ‘cuerpo’, siendo Cristo la Cabeza de todos por igual. Con la extensa obra de Pablo – ‘apóstol de los gentiles’ –, entran, desde ahora, de “todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”, una multitud muy diversa, sin número, que llega a ser la gran mayoría en la Ekklesia de los redimidos.

Morada de Dios

Pablo describe estas cosas (30 años más tarde) en su carta a los efesios, donde explica a los creyentes (mayormente gentiles) que ellos también son: “conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el **edificio**, bien coordinado, va creciendo para ser un **templo santo en el Señor**; en quien vosotros también sois juntamente edificados para **morada de Dios en el Espíritu**” (Ef. 2).

Este “templo espiritual” es el “**SANTUARIO**” de Dios en la presente dispensación, su ‘habitación’ (o morada) en este mundo. Jesús dijo: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y **vendremos a él, y haremos morada con él**” (Jn. 14:23). A pesar de las corrientes religiosas modernas, con ese ‘sin-fin’ de *cosas indispensables añadidas*, no olvidemos que nuestro Señor, Cristo Jesús, es el único ‘fundamento’ (1ª Co. 3:11) y es el mismo ‘templo’. Es el ‘Sumo Sacerdote’ y es el ‘Cordero’. En Mateo 18, hablando de la ‘ekklesia local’, ya había dicho que “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, **allí estoy Yo en medio de ellos.**”

SU Presencia es **lo único** indispensable.

Sacerdotes y Sacrificios

En este **santuario** presente, los que ofrecen los **sacrificios** son ‘**sacerdotes**’, pero en el sentido espiritual. En la poderosa inauguración de Pentecostés, **todos** los 120 discípulos participan, lo que incluye a las hermanas, y Pedro, en su discurso, no deja ninguna duda de que TODOS los redimidos forman ahora, en la nueva dispensación (del paréntesis), un **sacerdocio universal**. Para este ministerio, que abarca a todos, enumera a los “hijos e hijas; jóvenes y ancianos; siervos y siervas”. Con ‘hijas’ y ‘siervas’ destacan las hermanas en Cristo. En el ‘Nuevo Templo’ no falta la parte de ellas en el ministerio ‘sacerdotal’. Un ejemplo alentador es Priscila, esposa de Áquila, muy útil en la obra de Dios en varias ciudades. Otro ejemplo es María Magdalena, la que tenía un encuentro con el Señor resucitado *antes* que sus discípulos. Por Él fue comisionada para llevar su mensaje a sus hermanos y discípulos.

No hay más que un “**sumo sacerdote**”, el Señor Jesús (Hb. 3:1; 4:14-15; 8:1), pero, **en Él**, todos los demás somos hechos sacerdotes. Así como en un cuerpo todos los miembros están sujetos a su cabeza, así en el “santuario divino” todos los ‘sacerdotes’ están/estamos pendientes del Sumo Sacerdote. “Vosotros, como piedras vivas, sed edificados como **casa espiritual** para un **sacerdocio** santo, para ofrecer **sacrificios espirituales** aceptables a Dios por medio de Jesucristo... Pero vosotros sois linaje escogido, real **sacerdocio**, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1ª P. 2:5 & 9). “Hizo de **nosotros** un reino y sacerdotes para su Dios y Padre, a Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén” (Ap. 1:6).

Sacrificios Espirituales Aceptables

“A **cada** uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo”. “De quien **todo** el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por **todas** las coyunturas que se ayudan **mutuamente**, según la actividad propia de **cada** miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Ef. 4). “¿No sabéis que sois Templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1ª Co. 3:16).

Algunos de nuestros sacrificios son mencionados concretamente:

- ✓ En cuanto al *cuerpo* del creyente: “Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis **vuestros cuerpos** como **sacrificio** vivo y santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1).
- ✓ En cuanto a la *fe* del creyente: “Y aunque sea derramado en libación sobre el **sacrificio** y servicio de vuestra *fe*, me gozo y regocijo con todos vosotros” (Fil. 2:17).
- ✓ En cuanto al *dinero para la obra de Dios*: “Pero lo he recibido todo y tengo abundancia; estoy bien abastecido, habiendo recibido de Epafrodito **lo que habéis enviado**: fragante aroma, **sacrificio** aceptable, agradable a Dios” (Fil. 4:18).
- ✓ En cuanto a la *alabanza*: “Por tanto, ofrezcamos continuamente mediante Él, **sacrificio** de alabanza a Dios, es decir, el **fruto de labios** que confiesan su nombre” (Hb. 13:15).
- ✓ En cuanto al *amor práctico*: “Y no os olvidéis de **hacer el bien** y de la **ayuda mutua**, porque de tales **sacrificios** se agrada Dios” (Hb. 13:16).

Cuando la Ekklesia – Ya Completa - Es Trasladata

Tan pronto como el Señor arrebató a los redimidos, es decir, a su ‘Ekklesia’, juntamente con todos los santos del Antiguo Testamento (1ª Tes. 4:13-18), ahí el falso mesías - el anticristo – se siente libre de “sus ligaduras” y en libertad para echar de sí “sus cuerdas” (Salmo 2). Su “*misterio* de iniquidad” lleva milenios en marcha, pero ahora pasa a ser “*manifestación* de iniquidad” (2ª Tes. 2).

Su Nuevo Orden Mundial se impone - en cada ciudadano del mundo - a través de un ‘chip’, inyectado debajo de la piel de la mano derecha, o en la frente, y configurado y formateado sobre la base de “la marca de la bestia”, el “666” (Ap. 13).

Más de 600 años antes del asedio romano de Jerusalén, el profeta Daniel describió al General Tito como el “príncipe que ha de venir”, quien – según la profecía -, tomaría Jerusalén y lo destruiría *con* templo y todo. La profecía se cumplió en el año AD 70 (Daniel 9:26). Pero lo que Daniel continúa profetizando, tiene que ver con un ‘segundo príncipe’, identificado en Apocalipsis 13: es la primera de dos ‘bestias’. A estas alturas han pasado ya casi dos mil años... Se trata del ‘falso Mesías’, quien, una vez recibido por los judíos, “confirmará su pacto” con “**muchos**” (no con todos). Lo hace para la duración de una “semana de siete años”.

En contraste con Tito – destructor del templo -, el pacto de ese nuevo ‘príncipe’ permite a los judíos *reedificar* su templo, y en un tiempo récord (Dan. 9:27). Esos ‘muchos’ judíos cumplen la profecía de Jesús en Juan 5:43: “**Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a éste recibiréis.**”

Tragedia y Triunfo

A la mitad de esa ‘semana’ de siete años, el Falso viola el solemne pacto que hizo y, para colmo, se sirve del nuevo santuario para que, tanto el ‘Dragón’ como él, *con* el Falso Profeta – la trinidad satánica -, sean adorados **como dios** (2ª Tes. 2:4; Ap. 13:4-5). Con esto comienzan ‘los 42 meses’ de “la angustia de Jacob”, de que habló Jeremías. La Gran Tribulación - el terrible horno de aflicción -, hará que, por fin, Israel se refugie en los brazos de Aquel a quien había crucificado. Se trata del “**remanente**”, la tercera parte de Israel (Zac. 13:9). Este remanente se humilla y se arrepiente, y, cual hijo pródigo, ¡es recibido! ¡Plenamente!

Con el ‘paréntesis’ cerrado, Israel de nuevo está en el primer plano de los tratos de Dios. El Rey de Gloria viene (S. 24) y se enfrenta al falso rey con su ‘falso profeta’. Ambos son “lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre”, sus ejércitos derrotados y destruidos (Ap. 19:20-21).

Tres Juicios Seguidos

1) Todos los redimidos - llegados al cielo en el arrebatamiento -, comparecemos ante el “**Tribunal de Cristo**”. Este es el Juicio de los Santos, donde el ‘Esposo’ nos prepara para la Boda del Cordero que le sigue. “*Por tanto procuramos también..., serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo* (2ª Cor. 5:9-10).

2) Israel (**la Nación**), en su rebelión, se atrae el juicio de la “**Gran Tribulación**” - descrita arriba -, la que tendrá una duración de 42 meses (Apo. 13:5). En estos tres años y medio, la “trinidad satánica”, con todos sus ejércitos demoníacos, se esfuerza por ‘borrar del mapa’ a esa Nación que es “**la niña del ojo de Dios**” (Dt. 32:10; Zac. 2:8). Un anticipo tenemos hoy en lo que enseña y amenaza el Islam (entre otros)...

Al final, **todo Israel** es convertido a su Mesías (Ro. 11:25-29), es decir, todo lo que queda: el **Remanente** (o ‘resto’). El apóstol Pablo escribe: “Isaías clama tocante a Israel: ‘Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el **remanente** será salvo...’” “Así también aun en este tiempo ha quedado un **remanente** escogido por gracia” (Ro. 9:27; 11:5). Lo que queda de la Nación - lo que sale del ‘horno’ - es la tercera parte. Las otras ‘dos terceras partes se pierden...’ (Zac. 13:8-9).

Luego, se dirá: “**El SEÑOR ha apartado tus juicios**, ha echado fuera tus enemigos; **el SEÑOR es Rey de Israel en medio de ti**; nunca más verás el mal” (Sof. 3:15; S. 24).

3) Con las “dos bestias” en el Lago de Fuego, y Satanás atado por mil años, le toca al Rey de Israel - al Hijo del Hombre en su ‘trono de gloria’ - iniciar el ‘juicio de *las naciones*’, mejor expresado como el “**Juicio de los Gentiles**”, descrito en Mateo 25:31-46.

Este juicio ocurre unos siete años después del Arrebatamiento. Si suponemos que tú - lector - no fueras arrebatado, y sobrevivas en la tierra hasta ese momento, ¿qué pasaría contigo?

Tendrás que encarar la gran pregunta: “¿**Cuáles fueron tu actitud y acciones - positivas o negativas - hacia los “hermanitos del Rey”, es decir, hacia los judíos, mientras rugía la Gran Tribulación en el exterminio de millones de ellos?**”

El Rey está enterado de todo; por esto ya - para empezar -, separa a unos de otros, como un pastor separa a las “ovejas” de los “cabritos”.

Después, *invita* a unos: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros”; y *condena* a otros: “¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles!”

Un Juicio Más y Lo que Juan No Vio

4) Mil años más tarde, con Satanás también lanzado al Lago de Fuego, comienza el “**Juicio Final**”. Muchos millones de difuntos, todavía retenidos en el Hades desde los tiempos de Caín, ahora son ‘entregados’ y comparecen ante el Gran Trono Blanco. Aquel compareciente cuyo nombre no aparezca inscrito en el Libro de la Vida, es lanzado al Lago de Fuego; lo cual será su “segunda muerte” (Jn. 5:29; Ap. 20).

El apóstol Juan, en su visión de la Nueva Jerusalén, en Apocalipsis 21, “no vio en ella templo; porque el **Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero**”.

Lo que, sí, describe es la Nueva Jerusalén con **12 cimientos** - cada cual una joya de Dios - con los nombres de los 12 apóstoles; y **12 puertas** – cada cual una preciosa perla - con los nombres de las 12 tribus de Israel. En otras palabras, **todos** los redimidos están integrados perfecta y maravillosamente en los eternos propósitos de Dios.

Últimas Palabras

Comienza el Milenio: “He aquí **Yo** vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. **Yo soy** el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.

Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira.

Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. **Yo soy** la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente (Ap. 22:12-17).

Israel durante el Milenio: “Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra. Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre.

Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y **pondré mi santuario entre ellos para siempre**. Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo el SEÑOR santifico a Israel, **estando mi santuario en medio de ellos para siempre**” (Ez. 37:24-28).

La Nueva Tierra Después del Milenio: “Oí una gran voz del cielo que decía: ‘He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y **Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo**, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron’. Y el que estaba sentado en el trono dijo: ‘He aquí, **Yo** hago nuevas todas las cosas’. Y me dijo: ‘Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas’. Y me dijo: ‘Hecho está. **Yo soy** el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, **Yo** le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida’” (Apo. 21:3-6).



“Mas vosotros [los que creéis];
sois linaje escogido,
real sacerdocio,
nación santa,
pueblo adquirido por Dios,

**¡PARA QUE anunciéis las virtudes de AQUEL
que os llamó de las tinieblas a su luz admirable!”**

1ª Pedro 2:9

Para toda correspondencia:

pressingonstill@gmail.com